

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

MARIA LUZ GONZALEZ MEZQUITA (Ed.)

ESTUDIOS DE HISTORIA MODERNA
Contextos, Teorías y
Prácticas historiográficas

GRUPO DE INVESTIGACION EN HISTORIA DE EUROPA
MODERNA



editorial de la universidad nacional de mar del plata

INVENTANDO LA NACIÓN: CERVANTES EN EL SIGLO ILUSTRADO

Jesús Pérez-Magallón
McGill University - Montreal

Antes que nada, quiero dar las gracias a la Dra. María Luz González, quien tuvo la gentileza de hablarme de este congreso e invitarme a estar aquí.

Para acercarse a Cervantes no creo que haya mejor camino que pasar por Borges, autores ambos de los que alguien dijo, no sé por qué, que en ellos se contenía toda literatura. De todos modos, no es que quiera recorrer todo Borges, sino tan sólo pasar muy puntualmente por Pierre Menard. Porque, en su descabellada empresa de escribir una obra tan perfecta como el *Quijote* y acabar escribiendo el *Quijote*, Borges está apuntando a dos ideas centrales: la primera es que toda relectura conduce, al modo de un eterno retorno, a la lectura de la obra primigenia, imponiendo ésta un ciclo interminable de relecturas que siempre añaden alguna nota novedosa, siquiera sea por el simple fenómeno de la *différance* derridiana; la segunda es que, semejante al castigo de Sísifo, toda relectura constituye en sí una reescritura que sólo puede realizarse plenamente en la obra primera, original e irreplicable, a pesar de sus imperfecciones. Reescritura de lo primigenio que es y a la vez no es lo mismo. Esta segunda parte no me interesa aquí tanto como la primera. Muy recientemente Mabel Basterrechea ha publicado un artículo titulado "Pierre Menard y la acronía de la recepción" en donde analiza el texto borgiano como proto-conceptualización de la lectura generadora de sentido, es decir, como un anticipo sagaz y profundo de la estética de la recepción. Y esa dimensión de Pierre Menard me parece operativa para poder hablar hoy de Cervantes. Porque, en realidad, es la misma que sugiere Carlos Fuentes al hablar del *Quijote* como crítica de la lectura; título desenfocado porque lo que critica el *Quijote*, según Fuentes, no es la lectura en general, sino la "lectura única de los textos", sugiriendo por tanto una lectura múltiple que constantemente enriquece el texto y ahonda el diálogo entre lector y libro.

Si esas ideas borgianas me son útiles es porque la teoría de la recepción está en la base de mi presentación y porque, a pesar de afirmaciones como la de Susan Bennet, de que la estética de la recepción “ya no ocupa un lugar central en la teoría crítica” (36), la intervención del “lector” — si lo entendemos no como individuo sino como conjunto de comunidades interpretativas pero sobre todo como instituciones dotadas de poder para canonizar e iconizar — sigue estando vigente en una manipulación del texto que conduce a la construcción cultural de iconos identitarios. Las estrategias utilizadas en la recepción de la obra artística — condicionantes de y condicionadas por las estrategias de escritura — forman parte de posiciones que el “lector” acarrea *a priori* y que va modificando en su contacto con la comunidad a que pertenece, la cual refuerza o no ciertos enfoques o ciertas posibles lecturas. Puesto que la comunidad no es una entidad neutra, sino que está configurada por clases sociales que establecen entre sí una determinada relación de fuerzas que se regula mediante mecanismos ideológicos y políticos, las comunidades interpretativas se forman a partir de estrategias de percepción marcadas por lo ideológico y lo político.

Curiosamente, hablar de la recepción cervantina en el XVIII exige empezar hablando de Alonso Fernández de Avellaneda, autor de la segunda parte apócrifa del *Quijote*. Y ello es así porque el primer contexto en el que nos vamos a mover lo protagonizan personajes destacadísimos en la primera mitad del siglo (aunque hoy en día prácticamente desconocidos para la mayoría). Se trata de Blas Nasarre, miembro de la Real Academia de la Lengua y Director de la Real Biblioteca, y Agustín de Montiano, miembro de la Real Academia de la Lengua, secretario de Estado y director vitalicio de la Real Academia de la Historia. El primero se encarga de preparar la edición del texto de Avellaneda y escribe un “Juicio sobre la obra”, en tanto el segundo compone una “Aprobación” justificando la publicación, que tiene lugar en 1732. Cuando Gregorio Mayans lleva en Madrid cuatro años como bibliotecario real, una de sus intervenciones más llamativas y sonadas, si no la más trascendente, será escribir en 1737 una *Vida de Miguel de Cervantes* para la edición del *Quijote* que en Londres prepara Lord Carteret, y con la que, de hecho, se fundan los estudios cervantinos. La labor de Nasarre y

Montiano, siguiendo hasta cierto punto las opiniones de Alain-René Lesage —que en 1704 había editado en Francia y francés el texto de Avellaneda— responden a lo que parece formar parte de una estrategia de adulación al monarca para obtener un apoyo institucional sólido y estable. Por el contrario, Mayans aprovecha la ocasión que le ofrecen sus amistades diplomáticas, en particular el confesor real padre Guillermo Clarke y el embajador británico en Madrid Benjamin Keene. Así, sale en defensa de Cervantes, de su obra toda y de su actividad como intelectual y escritor despreciado por el poder y por las clases dominantes.

Pero hay que tener presente que en la España de ese momento todavía se sienten las secuelas de la Guerra de Sucesión, guerra que opone a los partidarios de Felipe de Anjou con los del archiduque Carlos de Austria. Se trata de un conflicto no sólo nacional sino dinástico, por lo que el enfrentamiento es tanto una guerra civil como una lucha internacional. Tras la bandera de los Borbones se alista el partido estuardista en la figura del mariscal de Berwick, y tras la de los Habsburgos, el partido orangista, con el duque de Marlborough, el famoso Mamburú de los decires y cantares populares. Enmascarados bajo la defensa de dos legitimidades contrapuestas, los intereses coloniales, económicos y geopolíticos de Francia, Inglaterra, los Países Bajos y el Imperio austríaco se enfrentan militarmente. Durante la guerra, y como en todas las guerras, uno y otro bando utilizan los acontecimientos bélicos para desarrollar su propia campaña demagógica de lucha política, la cual conlleva prioritariamente una exaltación apologética del propio bando y una degradación sistemática del adversario. Pero más importante todavía es que al finalizar el conflicto bélico tiene lugar un primer exilio de carácter político: los austracistas que pueden seguir al archiduque Carlos y escapan del nuevo rey Borbón. La política borbónica va a ser particularmente dura en Cataluña y Valencia, donde todas las libertades disfrutadas durante los Habsburgos son suprimidas con el decreto de la Nueva Planta. El centro, con Castilla a su cabeza, impone unas condiciones políticas de dominación y control sobre la “rebelde” periferia mediterránea. No obstante, en 1725 se declara definitivamente cerrado el episodio de la guerra y se permite a todos los austracistas regresar y recuperar sus posiciones en la península. Al menos nominalmente. Porque

Mayans, cuya familia había apoyado al archiduque Carlos, va a sufrir a lo largo de gran parte de su vida las consecuencias de esa opción político-dinástica, como han demostrado los amplios estudios de Antonio Mestre. Por poner un ejemplo: en 1730 Mayans solicita una prebenda de la catedral de Valencia para complementar sus ingresos como catedrático de derecho de Justiniano; pese a sus evidentes méritos intelectuales, pierde frente a un tal semianónimo doctor Arbuxech, cuya mayor virtud había sido redactar el informe contra la restitución del derecho privado foral abolido por Felipe V en 1707 después de la decisiva batalla de Almansa. Es obvio que una cosa son las declaraciones oficiales y otra la vida real.

La oposición entre las obras de Avellaneda y Cervantes no es sino la metonimia que escenifica el enfrentamiento y las divergencias en el seno de la comunidad intelectual reformista española, es decir, entre los intelectuales cortesanos, partidarios decididos de la nueva dinastía borbónica, y Mayans y sus amigos, austracistas periféricos abiertos a una Europa encarnada en este debate por Inglaterra. Ambos grupos son reformistas e ilustrados, pero sostienen opiniones que no siempre coinciden. Y más allá, en otro plano de ese espesor histórico mencionado por Clifford Geertz, en esta polémica se vislumbra la rivalidad caracterizadora de todo el siglo XVIII entre las potencias hegemónicas del momento, Francia e Inglaterra. A nivel cultural, las interpretaciones francesas de Cervantes que sirven de base al trabajo de Nasarre y Montiano no van a ir más allá de los comentarios eruditos, puerta que permite la entrada de Avellaneda por una falsilla que suprime lo verdaderamente diferencial respecto a Cervantes. Por el contrario, las lecturas que llevan a cabo los escritores ingleses van a producir un auge incomparable de novelas, producción fundamental en lo que pudiera ser la genealogía de la novela europea. Tal vez por esa razón para Anthony Close el interés por Cervantes se da antes en Europa que en España (atención a las palabras: Europa frente a España), y especialmente en Inglaterra. Franco Meregalli se apunta a la idea de Close afirmando que "podemos llegar a la conclusión de que la Inglaterra del siglo XVIII tiene un lugar determinante en la historia general de la recepción de Cervantes" (36). Tratando de aferrarse a datos aparentemente objetivos, Francisco Aguilar Piñal ha contado las ediciones que tienen lugar a lo largo del XVIII: 50 en Francia, 44 en Inglaterra y 37

en España. Pero si tenemos en cuenta las diferencias demográficas entre los tres países, resulta evidente que en España se sigue conservando una afición lectora del *Quijote* que ciertos críticos prefieren no tener en consideración.

Permítaseme apuntar aquí muy brevemente una reconsideración del proceso que condujo entre fines del XVII y el XIX a la reinterpretación del pasado europeo para conceptualizar una Europa moderna, constituida por Francia, Inglaterra y Alemania, y en la que lo ibérico ha sido desplazado a una periferia no-moderna — *Que doit-on à l'Espagne?* preguntaría Masson de Morvilliers hacia 1780, pero antes de él hay otros personajes "europeos" de más renombre que cuestionan implícita o explícitamente el papel de España. Frente a esa Europa autoproclamada moderna, queda lo que se ha llamado la Temprana Europa Moderna, en la que el papel de la península ibérica se puede deformar sin borrarlo por completo, ya que no es fácil asimilarla a esos países sin historia de que habla Eric Wolf. Pongamos algunos ejemplos. La novela "realista" española (*Lazarillo*, picaresca e incluso Cervantes) será reescrita a la moderna por los novelistas ingleses del XVIII (Fielding, Smollet, Defoe, Sterne); el teatro clásico español será reescrito a la moderna por Racine y Molière; el encuentro con el otro americano narrado por tantos cronistas será reinventado a la moderna por Rousseau en su imagen del *bon sauvage*; la práctica de toda la cultura barroca será convertida a la moderna por algunos filósofos e historiadores alemanes. Todo se reescribe para modificar los protagonismos y diseñar una nueva génesis. Es importante esta nueva conceptualización (en la que, como ha mostrado Michael Iarocci, la participación de Hegel y Weber es esencial) porque hay un cambio cualitativo claramente marcado entre lo que se ha llamado la *leyenda negra* (mezclada a veces con la *leyenda rosa* como, por ejemplo, en los relatos de viaje de Madame d'Aulnoy) y el desplazamiento metafórico del imperio hispánico a la periferia de la Europa moderna.

La leyenda negra no es más que un conjunto de mecanismos de agitación y propaganda política que se ponen en funcionamiento contra la superpotencia del momento y que sirve para estimular procesos llamémosles "nacionales" de reforzamiento y articulación unificadora. Pero desde el momento en que la crisis del imperio hispánico se hace evidente para las potencias emergentes, el

programa de la actividad cultural de estas últimas se encamina a expulsar (al menos figuradamente) al imperio hispánico de la modernidad que se está construyendo. Serán, pues, esas potencias quienes se encargarán de *escribir* la historia oficial y global de Europa, y en ese texto la posición del imperio hispánico será periférica, subalterna y no-moderna. Y para acabar de cerrar el círculo de la prepotencia (que siempre acompaña la impotencia del otro), a principios del siglo XIX será esa Europa moderna la que *escribirá* definitivamente el papel que se le reserva a España: el de un lugar exótico pero próximo, exaltando la subalternidad periférica con la etiqueta de su *romanticismo histórico esencial*, o su irredimible caballería. Desde luego, no voy a comentar aquí el modo en que los mismos españoles han interiorizado y se han apropiado del papel que otros escribieron para ellos. En cierto sentido, nuestro trabajo crítico tiene como objetivo recuperar una realidad que no es ni la de los apologetas nacionales ni la de los autores de un texto que nos despoja de nuestra identidad.

Al publicar la obra de Avellaneda, Nasarre escribe, bajo el seudónimo de Isidoro Perales, un "Juicio de esta obra" en el que, aparte de copiar algunas opiniones del *Journal des Savants* y del prólogo de Lesage a su edición francesa, defiende el valor literario de Avellaneda. Es, desde luego, incierto que sostenga Nasarre "que la novela de Avellaneda es superior al *Quijote* de Cervantes" (113), como afirma Aguilar Piñal, pero sí es cierto que hay un esfuerzo reivindicador del apócrifo que hoy parece resultar difícilmente justificable. A las palabras de Nasarre deben añadirse las de Montiano, quien en su Aprobación considera que, si la opinión del propio Cervantes sobre la segunda parte de Avellaneda tiene seguidores, es "porque anda muy desvalido el buen gusto y la ignorancia de bando mayor" (3: 237), sosteniendo que "las aventuras de este don *Quijote* son muy naturales, y que guardan la rigurosa regla de la verosimilitud" (3: 237); además opina Montiano que las gracias rústicas del Sancho avellanedesco son mucho más naturales y mejor imitadas que las de Cervantes. Sin nombrarlo, Mayans lo rebatirá: "Escribir, pues, con gracia pide un natural muy agudo y muy discreto, de que estaba muy ajeno el aragonés. Ni aun le tenía para inventar con alguna apariencia de verosimilitud, pues habiendo intentado continuar la historia de don *Quijote*, debía haber

imitado el carácter de las personas que fingió Cervantes, guardando siempre el decoro, que es la mayor perfección del arte" (63). Mayans juega sutilmente con las opiniones de ambos editores recurriendo a Nicolás Antonio para desmontar sus opiniones sobre Avellaneda: "Don Nicolás Antonio juzgó que este autor no tenía genio para continuar tal obra. Esto es poco. Ni tenía genio ni ingenio para tan difícil empresa" (62).

Pero lo que más nos interesa aquí es que indirectamente Nasarre, al justificar a Avellaneda, se manifiesta en defensa de los libros de caballerías. Escribe Perales, es decir Nasarre: "No falta quien crea que ha perdido la juventud una enseñanza muy útil en los libros de caballerías (que son ya muy raros), por el heroísmo a que persuadían la generosidad y valor que representaban con las fábulas bien imaginadas; así lo persuadía aquel sabio varón, honor de nuestra España, don Nicolás Antonio, que supone fácil la corrección y enmienda de tales libros, y los tiene por muy oportunos para la enseñanza de la juventud" (3: 251). Lo que parece una opinión intrascendente va a revelarse como un ataque frontal contra Cervantes y, de paso, contra la nueva visión reformista (burguesa) de la identidad nacional. Mestre ha hablado con razón de "los complicados juegos de Nasarre" (lvi). Entre otras cosas, porque él mismo escribirá en 1749 que el gran mérito de Cervantes con el *Quijote* fue curar a los enfermos de caballerías y desterrar esos libros; y todavía más punzante al comentar sobre Calderón: "No hace retratos, espejos, ni modelos, si no decimos que lo son de su fantasía. Es verdad que para disculparle quieren decir que retrata la nación, como si toda ella fuese de caballeros andantes y de hombres imaginarios" (C2r). Entonces, ¿por qué en 1732 parece defenderlos tal vez olvidando la relación obvia entre una caballería absurda y desfasada y una versión de la nación y lo nacional en la que esa caballería es esencial para reivindicar el inmovilismo y los derechos de la nobleza frente a los de la burguesía? Volveremos a eso.

Acercándonos a la *Vida de Miguel de Cervantes*, es evidente que, a pesar de las numerosas ocasiones en que Mayans dice en su correspondencia que en su texto "ni está nombrado [Nasarre] ni Montiano" (cit. Mestre lix), "resulta evidente que los ataques a los editores del 'autor tordesillesco', aunque no aparecieran

personalmente nombrados, no podían pasar inadvertidos" (Mestrelix). Por eso, uno de los objetivos que se propone Mayans es demostrar que la finalidad explícita de Cervantes, combatir los libros de caballerías, tiene una razón histórica, sociológica y política absolutamente irrefutable. De ahí que, frente a la lamentación de Nasarre respaldada en Nicolás Antonio, Mayans recurra a los más prestigiosos humanistas para justificar la necesidad de desterrar los libros de caballerías y con ellos una visión del mundo en la que una caballería falsa configura nociones identitarias y nacionales que no tienen ya cabida en la vida colectiva. Como afirma el propio Mayans, "los [libros] que malearon más las costumbres públicas fueron los caballerescos" (22). Es obvio que desde la perspectiva reformista del siglo XVIII en la anticaballería cervantina se descubre el eco de una preocupación contemporánea. Porque de esa caballería grotesca ha surgido una forma de ser y una conceptualización de la misma que constituye uno de los obstáculos más serios a las reformas que el país exige. En el énfasis sobre la justicia y justificación de la lucha contra la caballería que articulan los libros de caballerías se encuentra la mayor argumentación de Mayans contra los editores de Avellaneda, y de ahí que acumule una batería irrefutable de opiniones sólidas que vienen a justificar las afirmaciones cervantinas sobre el motivo consciente y voluntario de su obra. Así, será el intelectual que proviene de la periferia el que va a encontrar en Cervantes los elementos que lo vinculan a una percepción de la identidad nacional plenamente reformista e ilustrada, en tanto los intelectuales cortesanos van a desplazarse en esta ocasión hacia una postura marginal y fuera de las prácticas más progresistas del momento. Escribe Anthony Close que los comentaristas dieciochescos españoles del *Quijote* (Mayans, Vicente de los Ríos y Pellicer) "reconocen correctamente que Cervantes trató de satirizar un género literario —los libros de caballerías. Pero trataron, erróneamente, de mezclar un objetivo literario con otro histórico o social" (11). Parece evidente que el problema con Close es que, encerrado en una interpretación exclusivamente literaria y estética, no ve la dimensión real de las discusiones sobre Cervantes ni capta la trascendencia icónica que éste va a llegar a alcanzar.

Pero, volvamos a la pregunta anterior. ¿Por qué Nasarre y Montiano, conspicuos reformistas, aparecen como los valedores de una posición ideológica que va en contra de la dinámica lógica de la ilustración? La única respuesta plausible se halla en la proximidad de su círculo a las presiones de la monarquía y, en consecuencia, a la estrecha dependencia en que se hallan respecto al centro del poder. Como sugiere antes, en Nasarre y Montiano parece percibirse una postura adulatoria hacia lo que se presumen preferencias del monarca para lograr de él el apoyo que tanto a nivel personal como institucional les es imprescindible si quieren proseguir su labor reformista y mejorar su instalación social. Mayans toma el partido que le permite mayor libertad crítica, pero también el más arriesgado en la corte: optar por el apoyo del embajador inglés no era la medida más prometedora si deseaba integrarse al núcleo cortesano. Y como partido arriesgado, salió perdiendo a corto plazo. Sin embargo, la evolución de los protagonistas de esta polémica permite comprobar cómo se va produciendo una convergencia de intereses fundamentales en la que austracismo y borbonismo van diluyéndose para dejar en pie la imagen de una comunidad no monolítica de intelectuales reformistas.

Habría que esperar, sin embargo, hasta que Cadalso escriba sus *Cartas marruecas* para iniciar una interpretación progresista del *Quijote* en contraposición a otros iconos culturales conservadores. Son, como resulta obvio, dos concepciones contrapuestas de la identidad nacional. Y si para imaginar la una es preciso falsear la realidad, también la otra impone la misma estrategia. No hay que engañarse. La diferencia fundamental radica en que los antirreformistas pretenden basarse en valores que consideran inmóviles y permanentes, esenciales y trascendentes, en tanto que los reformistas ilustrados inscriben en su percepción del ser nacional la convicción de que nada es inmutable y el cambio puede llevarse a cabo mediante la acción conjunta del poder y los núcleos intelectuales ilustrados. Eso nos conduce a las lecturas contrapuestas de Cervantes en las que lo anticaballeresco es visto como central a la novela o, por el contrario, como algo secundario e incluso anecdótico. Pero también a las lecturas calderonianas que, por un lado, lo canonizan como quintaesencia del conservadurismo reaccionario y, por el otro, destacan una auto-ironía sistemática en

sus construcciones dramáticas. Afirmar, pues, que España es la tierra de la caballería y que los españoles son esencialmente caballerosos van a ser ideas que resuman el programa conservador de proyecto nacional. Obviamente, hay otras nociones que se asimilan e incluyen en la caballería: en especial, catolicismo y monarquismo, nociones que configuran la tríada identitaria que una y otra vez utilizarán los partidos conservadores desde el XVIII en adelante. Por el contrario, para los ilustrados y neoclásicos, para los progresistas de todas las épocas, la sociedad puede y debe cambiar, influyendo en el cambio social mediante la renovación de todas las formas de cultura. El problema es que, frente a las incertidumbres de la postura neoclásica hacia Calderón y Cervantes, los antirreformistas elaboran un discurso coherente y blindado en el que la apropiación del primero y el rechazo del segundo no parece dejar resquicio a sus adversarios: Calderón sólo parece poder ser patrimonio de quienes lo identifican con el pasado, la percepción esencialista del ser nacional y la negativa al cambio; Cervantes será patrimonio de los enemigos de España.

Bibliografía

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. "Cervantes en el siglo XVIII." *Anthropos. Miguel de Cervantes. La invención poética de la novela moderna* 98-99 (1989):112-15.
- BASTERRECHEA, Mabel. "Pierre Menard y la acronía de la recepción." *Neophilologus* 88.2 (2004): 219-26.
- BENNETT, Susan. *Theater Audiences*. London & New York: Routledge, 1990.
- CLOSE, Anthony. *The Romantic Approach to 'Don Quixote.'* Cambridge: Cambridge U P, 1977.
- FUENTES, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1994.
- IAROCCI, Michael. *Properties of Modernity. Romantic Spain, Modern Europe, and the Legacies of Empire*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2006.
- MAYANS, Gregorio. *Vida de Miguel de Cervantes*. Ed. Antonio Mestre. Madrid: Espasa-Calpe, 1972.
- MEREGALLI, Franco. "Los primeros dos siglos de recepción de la obra cervantina: una perspectiva." *Actas del tercer coloquio internacional de la Asociación de Cervantistas. Alcalá de Henares 12-16 nov. 1990*. Barcelona: Anthropos ; Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas. Ministerio de Asuntos Exteriores, 1993. 33-42.
- MESTRE, Antonio. "Prólogo." Gregorio Mayans. *Vida de Miguel de Cervantes*. Ed. Antonio Mestre. Madrid: Espasa-Calpe, 1972. VII-XCIII.
- MONTIANO Y LUYANDO, Agustín. "Aprobación." *Don Quijote de la Mancha. Segunda parte*. De Alonso Jeronimo Fernandez de Avellaneda. 3 vols. Ed. Martín de Riquer. Madrid: Espasa-Calpe, 1972. 3: 235-38.
- NASARRE, Blas. "Juicio de esta obra." *Don Quijote de la Mancha. Segunda parte*. De Alonso Jeronimo Fernandez de Avellaneda. 3 vols. Ed. Martín de Riquer. Madrid: Espasa-Calpe, 1972. 3: 244-52.
- . "Prólogo de quien hace imprimir este libro." Miguel de Cervantes. *Ocho comedias y ocho entremeses*. Madrid: Antonio Marín, 1749. A-C2.
- WOLF, Eric. *Europe and the People Without History*. Berkeley: University of California Press, 1982.